El concepto de participación en los trabajos preparatorios del Esquema sobre la liturgia del Concilio Vaticano II

Ignacio Barreir o[1]

En la presente ponencia, estudiaré el concepto de participación de los laicos tal y como se debatió durante los trabajos preparatorios del Esquema sobre la liturgia del Concilio Vaticano II. La realidad que nos obliga hoy a centrarnos en esta cuestión ha sido descrita así por Klaus Gamber: «Se hizo un énfasis exagerado en la actividad de los participantes, relegando así a un segundo plano el elemento cultual »[2] . El problema actual radica, además, en la traducción de *participatio actuosa* como «participación activa», lo que, en realidad, evoca más bien una actividad exte [3]. Tal y como señaló Dom Bernard McElligott, cuando, en el período posterior al concilio, se tradujo actuosa por «activa», «se produjo un malentendido sobre la intención de la Iglesia y, en general, quizá de forma inconsciente, se le dio a esta expresión el sentido de una actividad física; mientras que lo que la Iglesia pide realmente es una actividad mental plena y sincera, manifestada exteriormente a través del cuerpo 4».

Para comprender mejor los debates de la Comisión Preparatoria Central (CPC) del concilio, no estará de más presentar el panorama general en el que se plantea la cuestión que nos ocupa. A lo largo de su historia, la Iglesia siempre se ha preocupado por la participación efectiva de los fieles en la liturgia sagrada. Esta preocupación se refleja en la bula *Transiturus* de Urbano IV, del 11 de agosto de 12645. En este magnífico documento, Urbano IV decreta la celebración de la fiesta del Corpus Christi en toda la Iglesia. Santo Tomás de Aquino enseña claramente que una persona obtiene de su participación en la liturgia beneficios espirituales «según su devoción y su fervo r»[6]. En su motu proprio **Tra le Sollecitudini**, del 22 de noviembre de 1903, san Pío X enseña que la participación activa de los fieles en la liturgia es la primera e indispensable fuente del verdadero espíritu

---

[1] Conferencia pronunciada en el IV coloquio del CIEL, Poissy, 1998.

[2] K. GAMBER, *La Réforme liturgique en question*, Editions Sainte-Madeleine: Le Barroux, 1992, 13.

[3] Sobre este grave problema de nuestra época, resulta útil consultar: J. RATZINGER, **La Célébration de la foi**, Téqui: París, 1985; A. NICHOLS, o. p.: **Looking at the Liturgy - A critical View of its Contemporary Form**, Ignatius Press: San Francisco, 1996, 65-69.

[4] B. MC ELLIGOTT, «Active Participation», en: C. FRANCIS y M. LYNCH (eds.), *A Voice for All Time - Essays on the Liturgy of the Catholic Church since the Second Vatican Council*, Ass. for Latin Liturgy: Bristol, 1994, 19.

[5] URBANO IV, *Transiturus*, Mansi 28, 484-489. En opinión de James-T. O'Connor, «se puede decir que este documento es el más bello sobre la Eucaristía que jamás haya redactado un sucesor de Pedro». J-T. O'CONNOR, *The Hidden Manna - A Theology of the Eucharist*, Ignatius Press: San Francisco, 1988, 192.

[6] S. T., III, q. 79, a. 5.

cristianismo n.º [7]. En la constitución apostólica **Divini cultus**, Pío XI, deseando una participación más activa de los fieles en el culto divino, pidió que las partes del canto gregoriano que pertenecen al pueblo fueran cantadas por el pueblo m .º [8].

Desde finales del siglo pasado, y en muchos casos incluso antes, se habían logrado avances muy notables para intensificar la conciencia litúrgica de los fieles; cada vez eran más los que podían seguir la misa con la ayuda de misales bilingües. Como señaló el P. Conlon: «Lo que es innegable en esta forma de participación es que, aunque no siempre fuera audible o vocal, era orant e[9]». Esta práctica correspondía al elemento más vital de una participación bien entendida de los laicos en el santo sacrificio de la misa, que es la participación interior; al mismo tiempo, es algo que no podríamos afirmar de muchas formas más audibles y visibles de participación en nuestra época.

Un elemento fundamental para interpretar el Esquema sobre la liturgia, y que se sometió a la consideración de la CPC, fue la encíclica *Mediator Dei* del papa Pío XII, con fecha del 20 de noviembre de 1947. El 3 de abril de 1962, en su alocución a los miembros de la CPC, el papa Juan XXIII subrayó expresamente la importancia de este docume nt[10]. Al presentar el Esquema sobre la liturgia, el cardenal Larraona, presidente de la Comisión Litúrgica Preparatoria (CLP), señaló que esta encíclica constituía una auténtica *summa theologica*, al tiempo que un compendio jurídico y pastoral de toda la litur e[11]. En cuanto a la verdadera participación en la liturgia, esta encíclica subraya que «el elemento esencial del culto debe ser el interior r»[12]. Más adelante, el siervo de Dios añade: «Que quede, pues, bien claro para todos que no se puede honrar dignamente a Dios si el alma no tiende a la perfección de la vida, y que, para alcanzar la santidad, el culto rendido a

---

[7] PÍO X, *Tra le Sollecitudine*, en: A. BUGNINI (ed.), *Documenta pontificia ad instaurationem liturgicam spectantia*, Roma 1953, 12-13.

[8] PÍO XI, *Divini cultus*, en: BUGNINI, *Documenta pontificia…*, n.º 9.

[9] A. F. CONLON, «The participation of the faithful in the post-conciliar liturgy - a critical perspective on contemporary practice», en: *Christus lumen gentium - Eucharistia et evangelizatio, XLV Conventus Eucharisticus Internationalis*, Sevilla, 7-13 de junio de 1993, Pontificius Comitatus Curavit et Edidit, ex Aedibus Vaticanis, 1993, 563.

[10] *Acta et documenta concilio oecumenico Vaticano II apparando*, Serie II, Volumen II, Parte III, impreso por Polyglottis Vaticanis, 1968, 23.

[11] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. III, 50. El cardenal Ferdinando Antonelli dice de *Mediator Dei* que es «la carta magna de un movimiento litúrgico sano», y afirma que este documento será el punto de partida de un verdadero renacimiento de la piedad litúrgica - N. GIAMPIETRO, o.f.m. Cap., *«Il Card. Fernando Antonelli e gli sviluppi della riforma liturgica dal 1948 al 1970*», Pontificio Ateneo S. Anselmo: Roma, 1998, 32.

[12] Pío XII, *Mediator Dei*, § 24. En cuanto a la forma en que *la Mediator Dei* fue posteriormente tenida en cuenta por la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II, resulta de gran utilidad leer las consideraciones de W. Graf en su artículo: «La encíclica Mediator Dei y la doctrina eucarística», en: *Veneración y administración de la Eucaristía — Actas del segundo coloquio de estudios históricos, teológicos y canónicos sobre el rito católico romano*, Centro Internacional de Estudios Litúrgicos: París, 1997, en particular pp. 177-181; véase también A. M. STICKLER, «Il ruolo del Celebrante nella Mediator Dei», en: *Una Voce*, enero-marzo de 1998, pp. 2-5.

«Dios, a través de la Iglesia en unión con su jefe divino, posee la mayor eficacia › 13». En cuanto a la participación de los fieles en el sacrificio eucarístico, el Papa afirma que deben considerarla «como un deber principal y un honor supremo»; y añade: «pero con una atención y un fervor que los unan estrechamente al Sumo Sacerdote, según las palabras del Apóstol: «Tened en vosotros los mismos sentimientos que había en Cristo Jesús »[14], ofreciendo con él y por él, santificándose en el ui[15]». En cuanto al uso del latín, el venerable pontífice enseña que «el empleo de la lengua latina, en uso en gran parte de la Iglesia, es un signo manifiesto y resplandeciente de unidad, y una protección eficaz contra toda corrupción de la doctrina original e 16». Dom Cipriano Vagaggini, o.s.b., uno de los miembros más influyentes de la CLP, reconoció la importancia de las enseñanzas de esta encíclica en lo que respecta a la participación de los laicos en la litur e 17.

Uno de los antecedentes importantes del proceso preparatorio del Esquema sobre la liturgia fue también la labor de la Comisión Pontificia para la Reforma Litúrgica. En un principio, estuvo presidida por el cardenal Clemente Micara, prefecto de la Sagrada Congregación de los Ritos, hasta 1954, año en que fue sustituido en la presidencia por el cardenal Gaetano Cicognani, nuevo prefecto de la S CR18. Esta comisión celebró reuniones desde junio de 1948 hasta julio de 1960. Un elemento fundamental en el que se basaron sus trabajos fue el *«Memorándum sobre la reforma litúrgica*», redactado por los padres Löw y Antonelli. La reciente publicación de las actas de esta comisión nos permite estudiar mejor el proceso preparatorio del Esquema sobre la liturgia. Su mandato consistía en estudiar una reforma general de la liturgia porque, en opinión de sus miembros, esta última es un todo orgánico que no admite una reforma parc e 19. En el examen detallado que realizó sobre la reforma de los ritos de la Semana Santa, la comisión subrayó la necesidad de una participación más activa de los fieles. En este sentido, se decidió que la renovación de las promesas bautismales, durante la vigilia pascual, pudiera realizarse en lengua vernácula, pero, en la sesión del 13

---

13 Pío XII, *Mediator Dei*, § 26.

14 Fil 2, 5.

15 PÍO XII, *Mediator Dei*, § 80 [p. 54].

16 PÍO XII, *Mediator Dei*, § 60 [p. 43]

17 C. VAGAGGINI, *El Sentido Teológico de la Liturgia - Ensayo de Liturgia Teológica*, B.A.C.: Madrid, 1965, 788-789

18 Los miembros de esta comisión eran: Mons. Alfonso Carinci, secretario de la SCR; el R. P. Ferdinando Antonelli, o.f.m. Cap, ponente general de la sección histórica de la SCR; el R. P. Josef Löw, CSSR, viceponente general de la sección histórica de la SCR; el R. P. Agostino Bea, rector del Instituto Bíblico Pontificio; el P. Anselmo Albareda, o.s.b., prefecto de la Biblioteca Apostólica, y el P. Annibale Bugnini, director de *las *Ephemerides liturgicae**, que era secretario de la comisión. Posteriormente se incorporaron, en calidad de consultores: el P. Joseph Jungmann, Dom Capelle y Mons. Mario Righetti. En 1952, monseñor Enrico Dante fue nombrado a su vez miembro de la comisión por decisión del Papa. Véase GIAMPIETRO, *Il Card Ferdinando Antonelli…*, 279. Véase también A. BUGNINI, *The Reform of the Liturgy 1948-1975*, The Liturgical Press: Collegeville (Minnesota), 1990, 7-10.

19 En el anexo de su obra, Giampietro publica las actas de esta comisión. Véase GIAMPIETRO, *Il Card Ferdinando Antonelli…,* 278.

En noviembre de 1951, la comisión rechazó la propuesta de que algunas de las lecturas de esa vigilia se leyeran en lengua vernácula. Durante los debates que condujeron a esta decisión de rechazo, el P. Albareda, tras haber defendido enérgicamente el valor moral del latín como lengua única del culto oficial de la Iglesia, se pronunció en contra de la posibilidad de utilizar la lengua vernácula para leer las lecturas proféticas de la vigilia pascual, ya que ello constituiría un grave precedente para renunciar al uso del latín en un rito tan solemne [20]. Lo que llevó al P. Albareda a adoptar esta postura fue que la autorización para utilizar, en determinados momentos, la lengua vernácula durante dicha vigilia contribuiría al abandono del latín en el culto oficial de la Iglesia. Posteriormente, en febrero de 1959, a petición del episcopado alemán, la comisión cambió de postura y admitió que el relato de la Pasión y las cuatro lecturas de la vigilia pascual se leyeran en lengua vernácula [21].

En su encíclica **Musicae sacra disciplina*,* del 25 de diciembre de 1955, el papa Pío XII, para subrayar el carácter universal de la liturgia romana y la posibilidad que tienen los católicos de todo el mundo de experimentar el reconfortante sentimiento de la unidad de la Iglesia, insistió en que el canto gregoriano se relacionara siempre con las palabras latinas de la litur [22]. Al mismo tiempo, el Papa autorizaba que, en las misas no solemnes, se cantaran himnos en lengua vernácula para permitir a los fieles participar en el santo sacrificio acompañando con el espíritu y la voz la acción sagrada, uniendo su devoción a las oraciones del sacerdote, quedando claramente entendido que dichos himnos se adaptarían adecuadamente a las diferentes partes del sacrificio [23]. En su discurso del 22 de septiembre de 1956 a los participantes en el primer Congreso Internacional de Liturgia Pastoral, Pío XII subrayó que, si bien la Iglesia se preocupaba seriamente por la participación activa y consciente de los fieles en las acciones litúrgicas, ello no debía conducir al abandono del lati , n.º [24].

En vísperas del concilio, hay que mencionar aún otros dos documentos: la carta pontificia **Jucunda laudatio** de Juan XXIII, fechada el 7 de diciembre de 1961, dirigida a monseñor H. Anglés, presidente del Instituto Pontificio de Música Sacra, con motivo del quincuagésimo aniversario de dicho instituto, y en la que el Papa elogia los esfuerzos realizados por este para cultivar y

---

[20] GIAMPIETRO, *Il Card Ferdinando Antonelli…,* 299.

[21] GIAMPIETRO, *Il Card Ferdinando Antonelli…,* 379.

[22] PÍO XII, *Musicae sacra disciplina*, n.º 1192.

[23] PÍO XII, *Musicae sacra disciplina*, n.º 1201.

[24] «Sería, no obstante, superfluo recordar una vez más que la Iglesia tiene graves motivos para mantener firmemente, en el rito latino, la obligación incondicional de que el sacerdote celebrante utilice la lengua latina y, del mismo modo, cuando el canto gregoriano acompañe al santo sacrificio, que ello se haga en la lengua de la Iglesia», en: AAS 48, 1956, 725; véase también: HERING, *Pío XII y la Liturgia*, 6; VAGAGGINI, *El sentido teológico de la liturgia*, 791.

defender el latín en la litur , p.[25]; y la constitución apostólica **Veterum sapientia**, firmada por Juan XXIII el 22 de febrero de 1962, dedicada al estudio del latín. En este documento, la lengua latina se presenta como el vehículo universal e inmutable con el que cuenta la Iglesia para comunicar sus enseñanzas, y el Papa reafirma la necesidad de preservarla en los ritos sagrado , p.[26]. Estos dos documentos deben considerarse a la luz de las presiones, cada vez más fuertes desde principios de los años 50, a favor del uso de la lengua vernácula en la liturgia, sobre todo en la medida en que iban en contra de las iniciativas presentadas a la CLP.

La CLP, presidida por el cardenal Gaetano Cicognani y cuyo secretario era Annibale Bugnini, estaba dominada en gran medida por miembros del movimiento litúrg que[27]. A la muerte del cardenal Cicognani, su cargo lo asumió el cardenal Arcadio Larraona. Los trabajos de la comisión se repartieron entre trece subcomisiones. En el marco del presente estudio, las que más nos interesan son la Subcomisión sobre la participación de los fieles en la divina liturgia, la Subcomisión sobre el uso del latín y la Subcomisión sobre la música sacra. En la primera, el principal escollo fue determinar si la participación debía basarse en el sacerdocio común de los fieles o en la naturaleza eclesial de la litur e[28]. Los trabajos de la segunda subcomisión resultaron difíciles debido a las controversias provocadas por las propuestas destinadas a aumentar el uso de la lengua vernácula en la liturgia. Al final, la propuesta que se incluyó en el esbozo presentado a la CPC establecía el principio general de que «el uso del latín en la liturgia occidental debe mantenerse sin falta». Pero, al mismo tiempo, este principio se veía seriamente socavado, ya que se añadía que el uso de la lengua vernácula solía ser muy útil para el pueblo, y se concedía a las conferencias episcopales la posibilidad de introducir la lengua vernácula con permiso del Santo Si , p.[29].

Aunque, en lo que respecta a la participación de los laicos en la liturgia y al uso de las lenguas litúrgicas, las Iglesias orientales tienen tradiciones y costumbres diferentes, no deja de ser interesante estudiar los debates que tuvieron lugar en la CPC sobre el uso de las lenguas vernáculas

---

[25] «En la liturgia solemne, tanto en las basílicas más ilustres como en las iglesias rurales más humildes, el latín deberá conservar siempre su cetro real y su noble soberanía». AAS 53, 196, 812.

[26] AAS 54, 1962, 129-135. Véase R. AMERIO, *Iota Unum - A Study of Changes in the Catholic Church in the XXth Century*, Sarto House: Kansas, 1996, 55-60.

[27] Entre los miembros de esta comisión, cabe destacar en particular a: C. Vagaggini, B. Capelle, B. Botte, A. Chavasse, P. Journel, G. Martimort y J. Jungmann, y P.-M. Gy; véase J. A. KOMONCHAK, «The Struggle for the Council During the Preparation for Vatican II (1960-1962)», en: G. ALBERIGO (ed.), *History of Vatican II, vol. I: Announcing and Preparing Vatican Council II - Toward a New Era in Catholicism*, Orbis: Maryknoll 1995, 206-207; véase también BUGNINI, *The Reform of the Liturgy…*, 14-16.

[28] KOMONCHAK, «La lucha por el Concilio…», 207.

[29] *Acta et documenta...*, 38.

en la celebración de sus liturgias. En general, se consideraba en aquella época que las prácticas lingüísticas de las Iglesias orientales podían tener una gran incidencia en los debates en curso sobre la introducción de las lenguas vernáculas en la liturgia lati ne [30]. El cardenal Ernesto Ruffini señaló que esta cuestión debía ser objeto de un examen minucioso, no solo porque afectaba a la participación del pueblo, sino también, y sobre todo, porque se trataba de preservar la integridad de la fe. Subrayó asimismo que la multiplicación de las lenguas litúrgicas provocaría divisiones y el auge del nacionalismo e[31]. El cardenal Jullien recomendó encarecidamente actuar con prudencia en esta materia, debido al probable impacto que esta disposición para las Iglesias orientales tendría sobre la cuestión del uso del latín en la Iglesia latina. «De lo contrario —señaló—, los latinos podrían decir: "Si es sí para unos y para otros, ¿por qué no también para nosotros ?[32]». El P. Michael Browne, Maestro General de los dominicos, temía que si, en el Esquema sobre las Iglesias orientales, se alabaran las diferencias existentes en el seno de la Iglesia oriental, esto incitara a algunos a alabar también las diferencias en la Iglesia lati ne[33]; lo cual era una forma de aludir a la propuesta de introducir diferentes lenguas vernáculas en la Iglesia latina. El cardenal Paolo Marrella respaldó la postura del cardenal Ruffini y subrayó que no veía en absoluto la utilidad de traducir a lengua vernácula los libros litúrgicos de la Iglesia lati , n.º [34]. Varios otros miembros de esta comisión, como los cardenales Siri, Godfrey, Richaud y Roberti, y los monseñores Lefebvre, Bazin y Ngô-Dinh-Thûc, así como el reverendo padre Gut, se mostraron de acuerdo con monseñor Jullien. Por último, cabe señalar que, en contra de quienes consideran que, en las Iglesias orientales, no deberían mezclarse las lengua , p. [35], Su Beatitud Paul II Chiekho, Patriarca babilónico de Bagdad, subrayó que las partes esenciales de la misa, como las palabras de consagración en el santo sacrificio de la misa, deberían pronunciarse en la lengua litúrgica. Lo mismo debería aplicarse a las oraciones recitadas en voz baja por el celebra nt[36].

Al presentar los criterios rectores utilizados por la CLP en su labor, el cardenal

---

[30] En diciembre de 1959, el delegado apostólico, actuando siguiendo instrucciones de la Santa Sede, informó a los obispos de Estados Unidos de que los sacerdotes de rito oriental de sus diócesis debían dejar por completo de utilizar el inglés en la liturgia. El delegado expuso el siguiente motivo: «Pero deben evitar provocar confusión al introducir la lengua vernácula en la misa, pues, al hacerlo, ofrecen a quienes abogan por el abandono del latín en la liturgia sagrada una ocasión para citar como ejemplo y precedente lo que los sacerdotes orientales hacen en sus propios países». — Citado en KOMONCHAK, «The Struggle for the Council…», 216.

31 Acta et documenta..., S. II, V. II, P. II, 251.

[32] *Acta et documenta...,* 251.

[33] *Acta et documenta...,* 251.

[34] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 255.

[35] KOMONCHAK, «The Struggle for the Council…», 216-217.

[36] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 257.

Larraona señaló que los miembros del clero debían impregnarse de un espíritu litúrgico cada vez más fuerte, a fin de poder transmitir ese espíritu y esos conocimientos a los fieles. Estos deberían participar más en la liturgia, basándose en dos principios: en primer lugar, preservar la naturaleza jerárquica de la liturgia, tal y como enseñaba *Mediator Dei*; y, en segundo lugar, mostrar el carácter pastoral de la liturgia, de modo que se intensifique la participación del pueblo de Dios en la fuente viva del espíritu cristiano y aumente su piedad é [37]. Al explicar el Esquema que presentaba, el cardenal insistió en las disposiciones interiores que debían tener los fieles para poder beneficiarse de las fuentes de gracia que abre la liturgia. En las celebraciones del año litúrgico, los fieles deben corresponder interiormente a lo que hacen exteriormente, pues es la única manera de que puedan recibir plenamente sus fruto , n.º [38]. Señaló que uno de los principales objetivos del Esquema era aumentar la participación activa y consciente de los fieles en los ritos sagrados. Por esta razón, uno de los principales deberes de los pastores era hacer que la liturgia resultara lo más comprensible posible para los fieles y, en consecuencia, convenía evitar en la liturgia todo aquello que pudiera resultarles oscuro , [39]. Teniendo en cuenta la naturaleza comunitaria y jerárquica de la liturgia, era importante poner de relieve la participación dinámica en la liturgia que todos debían tener para evitar que nadie fuera un espectador mudo e inerte, y para que todos participaran activamente en la acción sagrada, con la mente, el corazón y el cuerpo.

El esfuerzo de inculturación de la liturgia está muy estrechamente vinculado a la preocupación por la participación de los fieles; por ello, el cardenal señaló que el Esquema intentaba introducir en la liturgia todo lo que es noble y digno de valor en una cultura concreta, sin que ello estuviera necesariamente vinculado a supersticiones y sin querer fomentar errores. Estas adaptaciones solo deberían introducirse con la autorización expresa de la Santa Sede , ge[40]. Como hemos visto anteriormente, el texto relativo al uso del latín incluía restricciones, pero cabe señalar que, al comentar este texto del Esquema, el cardenal Larraona subrayó que debían confirmarse y sancionarse las enseñanzas de *Veterum sapientia*, y en particular la advertencia del Papa contra quienes se oponían al uso del lati , n.º [41]. Al presentar el capítulo II del Esquema relativo al santísimo misterio de la Eucaristía, el cardenal Larraona declaró que el deseo de la Iglesia era que los fieles comprendieran mejor el santo sacrificio de la misa y que participaran en la liturgia de manera más activa y consciente. Señaló que estudios y congresos litúrgicos recientes habían puesto de manifiesto el carácter comunitario de la misa. En la celebración de la Eucaristía,

---

[37] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 49.

[38] *Acta et documenta...,* 51.

[39] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 52.

[40] *Acta et documenta...,* 53.

[41] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 63.

Toda la familia de Dios está llamada a reunirse en torno al aut , n.º [142]. En las explicaciones que dio sobre la inclusión de la «oración comunitaria», o «oración de los fieles», señaló que esta oración reforzaría el espíritu de participación comunitaria entre todos los que asistieran a la misa. Propuso que se utilizara la lengua vernácula para la «oración comunitaria», las lecturas y los himnos. Al presentar el capítulo III del Esquema sobre los demás sacramentos y los sacramentales, el cardenal Larraona precisó que el objetivo de las modificaciones propuestas era verdaderamente pastoral, que tenían por objeto una participación más consciente y activa de los fieles [s43].

En varias de sus intervenciones, el cardenal Francis Spellman subrayó la necesidad de que los fieles tuvieran una vida litúrgica más intensa y fructífera. Sin embargo, insistió en que esta cuestión fuera objeto de un examen minucioso: los esfuerzos para alcanzar este objetivo debían ir acompañados de mucha circunspección y prudenc [e 44]. Afirmó que los fieles no debían ser meros espectadores, sino participar en el sacrificio de la misa con una buena comprensión y de manera consciente y activa e [45]. Subrayó que la participación fundamental de los fieles en la liturgia debía ser interior. El cardenal Spellman temía que el nivel de participación interior, «en espíritu y en verdad», estuviera a menudo muy lejos de lo que pudiera expresar el comportamiento exteri [ur46]. La participación interior, explicó, debía fomentarse mediante «una formación litúrgica adecuada del clero y de los fieles [que] condujera a una participación más intensa y profunda; de lo contrario, la liturgia correría el riesgo de perder incluso su carácter más místico y misterioso 47». También temía que los experimentos en materia de liturgia provocaran, entre los fieles, un impacto y una confusión con consecuencias nefastas. Subrayó hasta qué punto tales experimentos, en lugar de ayudar a los fieles a participar mejor, podían provocar escándalo entre los fieles de a pie al ver la transformación de los ritos de la Iglesia. Basando sus observaciones en su experiencia como capellán militar, señaló que los militares estadounidenses en el extranjero admiraban la unidad del rito y de la lengua de la Iglesia y siempre sacaban gran provecho de ello [ge48]. Pidió que se conservara el latín en la misa, citando al respecto varios pasajes importantes de la constitución apostólica **Veterum sapientia**, publicada poco antes por Juan XXIII [nt49]. El cardenal Spellman arremetió contra quienes querían reducir los

---

[42] *Acta et documenta...,* 111.

[43] *Acta et documenta...,* 286

[44] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 65, 116, 294.

[45] *Acta et documenta...,* 116.

[46] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 65.

[47] *Acta et documenta...,* 66.

[48] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 67.

[49] *Acta et documenta...,* 67.

manifestaciones de respeto en la misa —signos de la cruz, besos al altar, genuflexiones e inclinaciones—, preguntándose si estas innovaciones beneficiarían a los fieles. Temía que la simplificación de la fórmula utilizada para la distribución de la Sagrada Eucaristía tuviera como efecto reducir el respeto que se le debe por e [50]. Spellman señaló asimismo que no se podía cuestionar el principio de aumentar las lecturas bíblicas durante la misa; sin embargo, temía que ello redujera el tiempo dedicado a la homilía y alargara la misa, lo que dificultaría la asistencia a la misma y, por tanto, iría en detrimento de la participación diaria de quienes tra n[51].

El cardenal Giuseppe Siri subrayó que no se debería cambiar nada en la liturgia salvo con mucha prudencia y por razones evidentes, y temía que, si se introducían cambios en la liturgia que los fieles no pudieran comprender, ello tuviera consecuencias nefastas s[52].

En sus comentarios sobre el primer capítulo del Esquema, el cardenal Ernesto Ruffini subrayó que se concedía demasiada libertad a las conferencias episcopales en materia de inculturación, lengua litúrgica y oración universal. En su opinión, esa libertad podía dar lugar a serias confusiones y graves discriminaciones que escandalizarían a los fieles , p. [53]. En cuanto a las propuestas formuladas en el Esquema sobre el santísimo misterio de la Eucaristía, se opuso firmemente a las relativas a la reducción de las oraciones al pie del altar, la recepción de la Eucaristía bajo las dos especies y la concelebración, subrayando que todas estas propuestas escandalizarían a los fieles p. [54]. El cardenal G. T. Heard expresó preocupaciones idéntica , p. [55].

El cardenal Paul Léger manifestó su deseo de que se reforzara la participación interior de los fieles y propuso una enmienda que, en el Esquema, debía subrayar la importancia de este concepto. En cuanto al lenguaje litúrgico, se congratuló por la introducción de la lengua vernácula y propuso que se flexibilizara la norma contenida en el Esquema sobre el uso del latín e[56]. Instó a que las partes de la misa destinadas a la instrucción de los fieles, así como las oraciones que les corresponden, estuvieran todas en lengua vernácula re[57].

El cardenal Julius Döpfner se pronunció a favor del uso de las lenguas vernáculas

---

[50] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 117.

[51] *Acta et documenta...,* 117.

[52] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 69-70.

[53] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 68.

[54] *Acta et documenta...,* 119.

[55] *Acta et documenta...,* 140.

[56] *Acta et documenta...,* 70-71.

[57] *Acta et documenta...,* 131-132.

dentro de unos límites bien definidos, con el fin de favorecer una participación más fructífera de los fieles en la liturgia. Al mismo tiempo, defendió la necesidad de conservar el latín, teniendo en cuenta las tradiciones multiseculares de la Iglesia occidental. Por ello, propuso que, como principio básico, se conservara el latín como lengua litúrgica fundamental y que se utilizara la lengua vernácula cuando así lo exigieran la salvación de las almas y la participación activa de los fieles. Limitaría el uso de la lengua vernácula a las lecturas de la Escritura, a las oraciones de los fieles y a los himnos. Señaló que era posible preservar la unidad de la Iglesia latina gracias a una participación vital y activa de los fieles , p. [58]. En cuanto a las modificaciones de los ritos de la misa, su objetivo debía ser, en su opinión, mejorar la comprensión de la liturgia y hacer que la participación fuera más activa. También señaló que la recepción de la Eucaristía bajo las dos especies por parte de los laicos intensificaría su participación activa en la liturgia, al tiempo que aumentaría su devoción por la Preciosa Sangre, pero instó a que, en esta iniciativa, se actuara con prudenc [e 59].

El cardenal Bernard Alfrink elogió el proyecto presentado por la CLP sobre el uso de la lengua vernácula en la liturgia. En su opinión, era necesario introducirla, sobre todo en las lecturas, las advertencias y algunas oraciones e himnos. También salió en defensa de los obispos que deseaban introducir la lengua vernácula en la liturgia, manifestando claramente su oposición a *la Veterum sapienti ,* [a60].

El cardenal Alfredo Ottaviani adoptó una postura clara y votó en contra del capítulo II del Esquema sobre el santísimo misterio de la Eucaristía. Señaló que estas propuestas tenían un carácter revolucionario que escandalizaría a los fieles. El cardenal subrayó que la liturgia se dirige al pueblo y no a los eruditos. En cuanto a la lengua vernácula, podía admitir que se introdujera en las partes pedagógicas de la misa, pero pidió que se utilizara el latín desde el ofertorio hasta la comuni [ón 61]. Estas opiniones recibieron el apoyo de los cardenales Mica [ra 62], Spellma [ón 63],

---

[58] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 72-74 y 123-124.

[59] *Acta et documenta...,* 123-124.

[60] *Acta et documenta...,* 75-76.

[61] *Acta et documenta...*, S. II, V. II, P. II, 125.

[62] *Acta et documenta...,* 129.

[63] *«Acta et documenta...»,* 133.

Copello[64], Ruffini[65] y Heard[66], y de los monseñores Antezana y Rojas[67], Beras[68], Lefebvre[69] y Rakotomalala[70].

El cardenal Achille Lièn art se erigió en defensor de las modificaciones, argumentando que habían sido propuestas por obispos que las recomendaban no por amor al cambio, sino por el bienestar espiritual de sus feligreses. Subrayó que no bastaba con decir: «Educad bien a vuestros fieles y no dejarán de amar la liturgia». Según él, la experiencia demostraba que cuanto más instruidos estaban los fieles en materia de liturgia, más aspiraban a participar activamente en las ceremonias litúrgicas. En su opinión, los obispos que se habían ocupado de renovar el sentido litúrgico en sus diócesis podían dar testimonio de una intensificación de la vida teológica entre los fieles, así como de un aumento del espíritu comunitario y del celo por el apostola , t.[71].

El cardenal Carlo Confalonieri, tras subrayar que el principio rector debía ser el bien pastoral de los fieles, señaló que habría que llevar al pueblo a redescubrir la liturgia. En este sentido, por un lado, habría que conservar en la medida de lo posible el uso del latín, pero también, por otro lado, que el pueblo rezara sabiendo lo que reza y que, de este modo, fuera capaz de participar en las acciones sagradas , p.[72].

El arzobispo F. Seper defendió el principio de que el latín debía conservarse como lengua litúrgica de la Iglesia occidental. A este respecto, señaló que se trata de uno de los signos de la unidad de la fe. Mencionó asimismo los problemas que planteaba la constante evolución de las lenguas modernas. Al mismo tiempo, se mostró a favor del uso de las lenguas vernáculas para las lecturas bíblicas, la colecta, la oración tras la comunión y los himnos que pudieran cantar los fieles , p.[73].

En su breve intervención, el cardenal Pizzardo declaró que la posibilidad de utilizar la lengua vernácula en la liturgia no debía ser ni ampliada ni indefinida, y que no debía entrar en conflicto con el principio según el cual el latín debía mantenerse íntegramente como lengua litúrgica de la Iglesia occidental. Sin embargo, admitió que había excepciones a este principio

---

64 *Acta et documenta...,* 132.

65 *Acta et documenta...,* 133.

66 *Acta et documenta...,* 140.

67 *Acta et documenta...,* 141.

68 *Acta et documenta...,* 141.

69 *Acta et documenta...,* 142.

70 *Acta et documenta...,* 143.

71 *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 293.

72 *Acta et documenta...,* 137

73 *Acta et documenta...,* 178-79.

pudieran ser concedidas por la Santa Sé ge [74]. El cardenal McGuigan subrayó la importancia de conservar el latín y, a este respecto, manifestó su oposición a la concesión de facultades a las conferencias episcopales, con el fin de evitar cualquier confusión [75]. El cardenal William Godfrey se sumó a las observaciones formuladas por los cardenales Spellman, Ruffini y Ottaviani sobre el primer capítulo del Esquema. Se pronunció firmemente a favor del mantenimiento del latín en la liturgia y condenó a quienes querían suprimir el latín de la liturgia occidental e[76]. El cardenal J. D'Alton subrayó la importancia del principio según el cual «la unidad visible de la Iglesia católica se manifiesta principalmente en la uniformidad visible de su culto » [77]. Para él, hay dos valores que deben conservarse cuidadosamente: la riqueza de la cultura local y la unidad visible de la Iglesia universal. En consecuencia, debería corresponder exclusivamente a la Santa Sede proceder a las adaptaciones de los ritos del santo sacrificio de la misa y de otros actos de culto. Propuso, además, que el concilio prohibiera solemnemente el uso de la lengua vernácula en el ofertorio, el prefacio y el canon de la misa, así como en la fórmula de los sacramento s[78]. El cardenal Fernando Quiroga y Palacios subrayó la necesidad de mantener el uso del latín. Señaló que, en caso de que el uso de la lengua vernácula resultara necesario en alguna diócesis, ello debería hacerse siempre con la intervención de la Santa Sede, a fin de preservar la unidad de la Iglesi , p. [79].

El cardenal Giovanni Battista Montini se erigió en ferviente defensor del uso de la lengua vernácula e hizo que se incluyera en las Acta un estudio que respaldaba esta postura. En dicho documento, subrayaba la urgencia pastoral de dicho uso, para que los fieles pudieran participar debidamente y recibir instrucción durante las ceremonias. El cardenal Montini declaró que una lengua no forma parte de la esencia de la religión, pero señaló al mismo tiempo que una lengua única es un signo de unidad y un instrumento eficaz para presentar la verdad de forma precisa. Por lo tanto, proponía que el introito, la colecta, la epístola, el evangelio, el *Credo*, la antífona del ofertorio y el Padrenuestro se recitaran en lengua vernácula. Al mismo tiempo, aceptaba que se mantuviera el uso del latín desde el prefacio hasta la comunión, incluida esta. Propuso también que se empleara la lengua vernácula para los sacramentos y los sacramenta ux[80].

El cardenal Franziscus König señaló que el Esquema desarrollaba lo que figuraba en

---

[74] *Acta et documenta...,* 80.

[75] *Acta et documenta...,* 116.

[76] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 91.

[77] *Acta et documenta...,* 82.

[78] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 133.

[79] *Acta et documenta...,* 83.

[80] *Acta et documenta...,* S. II, V. II, P. II, 84-86. El documento presentado por el cardenal Montini merecería un estudio en profundidad, ya que, en muchos aspectos, anticipa las declaraciones que haría más tarde, una vez elegido papa. Lamentablemente, este análisis excede los límites de la presente exposición.

esencia en la encíclica *Mediator Dei*. Explicó cómo dicho Esquema tenía por objeto aumentar la participación efectiva, reducir la ignorancia, preservar la pureza de la fe y mantener la unidad de la Iglesia latina sin afectar al principio de la conservación del lati , n.° [81].

Varios miembros de la comisión que estaban a favor del uso de las lenguas vernáculas en la liturgia destacaron la importancia que tendría este cambio en los países de misión. Pero, a este respecto, conviene mencionar la intervención del arzobispo T. B. Cooray, de Colombo: este se refirió, en efecto, a la dificultad que se planteaba en los países de misión en los que se hablan múltiples lenguas, lo que plantea el problema de la elección de una única lengua, excluyendo las demás lenguas utilizadas en la misma región. También señaló que, en algunas lenguas, resulta difícil encontrar expresiones adecuadas para la administración de los sacramentos y sacramentales. En su opinión, se podrían evitar numerosas dificultades si los ministros sagrados tuvieran la posibilidad de explicar las ceremonias en lengua vernácula. En cuanto a las partes sacrificiales de la misa, insistió en que solo se utilizara el latín . [82]. En cuanto a la inculturación, monseñor Ngô-Dinh-Thûc, arzobispo de Saigón, criticó la presunción de los supuestos expertos dispuestos a afirmar que un determinado tipo de arquitectura y de música favorecerían las conversiones. Señaló que la limitación a un único tipo de música y arquitectura era propia del culto a los ídolos.

Conclusiones

1. Participación consciente

Algunos han ofrecido una imagen caricaturesca de la liturgia tal y como se celebraba antes del Concilio Vaticano II, afirmando, por ejemplo, que se trataba de «celebraciones para grandes congregaciones pasivas a las que los fieles "asistían" esencialmente como especta rs[83]». En realidad, como hemos visto, la Iglesia nunca ha admitido tal situación; siempre se ha esforzado por hacer que los fieles participen en el santo sacrificio de la misa con piedad y devoción, elevando sus espíritus y sus corazones en adoración ante la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La mayoría de los ponentes de la CPC afirmaron la importancia fundamental de la participación interior de los fieles en la liturgia. Con el fin de mejorar esta participación, varios miembros de la comisión subrayaron que, al comprender mejor la liturgia, los fieles participarían en ella de forma más activa y consciente. Para ello, se propusieron tres medios: 1) modificaciones de la liturgia para

---

[81] *Acta et documenta...,* 93.

[82] *Acta et documenta...,* 98. Esta preocupación era compartida por monseñor Bazin, arzobispo de Rangún. Véase *Acta et documenta…,*
100.

[83] L. MALDONADO, «Liturgy as Communal Enterprise», en: G. ALBERIGO, J.-P. JOSSUA y J. A. KOMONCHAK (eds.), *The Reception of Vatican II*, The Catholic University of America Press: Washington D. C., 1987, 310.

fomentar la participación; 2) el uso de la lengua vernácula; 3) una mejor formación del clero y de los fieles en materia de liturgia.

2. Modificaciones de la liturgia para fomentar la participación

La principal razón esgrimida para justificar las reformas litúrgicas propuestas fue la necesidad de hacer más inteligible la liturgia con el fin de favorecer, en consecuencia, una mayor participación de los fieles. Sin embargo, muchos de los participantes en los debates de la comisión no estaban convencidos de que los cambios propuestos fueran realmente beneficiosos para los fieles. Algunos temían también que provocaran confusión, conmoción y escándalo entre los fieles. En este sentido, se barajaron dos tipos de situaciones: en primer lugar, el impacto que podrían provocar los cambios en sí mismos; en segundo lugar, la confusión en la que se verían sumidos los fieles al ver que la misa y los demás ritos sagrados se celebraban de diversas maneras de un país a otro, dada la libertad que se concedería a las conferencias episcopales.

En el Esquema se proponía que se autorizara a las distintas conferencias episcopales a introducir adaptaciones en la liturgia para incorporar elementos litúrgicos propios de una cultura nacional concreta. A este respecto, varios miembros de la comisión señalaron que la uniformidad de la liturgia era un signo de la unidad y la universalidad de la Iglesia.

3. La lengua de la liturgia

Varios miembros de la comisión consideraban que el uso de la lengua vernácula en la liturgia era un medio para intensificar la participación consciente de los fieles. Dicho esto, lo primero que cabe señalar al respecto es que ni un solo miembro de la comisión propuso la supresión del latín en la liturgia. Incluso los más fervientes defensores de la introducción de la lengua vernácula la limitaban a las partes didácticas de la misa, a los himnos y a las oraciones comunes, y pocos de ellos propusieron que se utilizara para las oraciones de la misa. Siguiendo con el tema de las lenguas vernáculas, se señaló que el dogma se expresa mediante fórmulas lingüísticas y que esto siempre plantea problemas de traducción.

4. Una mejor formación litúrgica del clero y de los fieles

En opinión de algunos miembros de la comisión, esta mejora de la formación litúrgica del clero y de los fieles debía dar lugar a una participación exterior más activa en la liturgia, lo que, a la larga, favorecería una participación interior más intensa. Pero, como señaló uno de ellos, una participación exterior más activa no implica necesariamente que sea verdaderamente representativa de una participación interior más intensa.